

es digno de una agria censura, pues deben tener presente los severos censores de la conducta de los hombres grandes, que no es lo mismo que un hombre vea las cosas á lo lejos y en medio de la calma, que hallarse agitado por ellas y obligado á tomar partido y resolver sobre materias complicadas y espinosas.

Paulo III. era sabio, juicioso, amante de la ilustracion y protector de los sabios; trabajó por la reconciliacion de los príncipes cristianos y empenó á Carlos V. y Francisco I. para que hicieran una tregua de diez años, la que fué quebrantada por Carlos V. Condenó el *interim* de este principe y convocó el concilio de Trento. El abate Berault hablando de este pontífice, dice: „Por mas que hayan escrito contra el una multitud de censores ya émulos, ya heterodoxos, será reputado segun el testimonio mas cierto de sus obras, por un pontífice de mucho acierto en los consejos, y de grande energía en las resoluciones, igual en todos los acontecimientos, noble en sus inclinaciones, afable en sus modales, amante de las letras, aprovechado en ellas y siempre dispuesto á premiar el mérito. Pero lo que mas le honra aun entre los pontífices mas ilustres es el haber sido el primero que convocó y principió el concilio deseado por tanto tiempo, respetando su libertad hasta sacrificar á ella sus propias ideas y muchas pretensiones que se miraban antes como derechos inenagenables del pontificado. „Fue reprehensible Paulo III. en el excesivo amor que tubo á sus parientes, como el mismo

lo conoció en sus últimos dias, y por lo que repetia frecuentemente aquellas palabras del profeta. *Si mei non fuerit dominati, tunc immaculatus ero, et emundabor á delicto maximo.*

Julio III. aunque en la silla de S. Pedro no manifestó aquellas grandes cualidades que lo habian hecho tan recomendable siendo cardenal; sin embargo no dejó de trabajar por el bien de la Iglesia continuando el santo concilio de Trento, é hizo cuanto estuvo á su arbitrio para establecer la paz entre Carlos V. y Enrique II. de Francia. Paulo IV. subiendo al trono pontificio en una edad muy avanzada, pues tenia mas de ochenta años, „mostraba, dice un historiador, el vigor y algunas veces la precipitacion de un joven.“ Era tan celoso por la pureza de la religion, que algunas veces su zelo le hacia obrar con imprudencia, como cuando se preocupó contra el inmortal cardenal Polo; trabajó seriamente en la reforma del clero, condenó los libros heréticos é impíos, castigó á los blasfemos, prohibió los lugares infames, obligó á los obispos á recibir en sus diócesis, y á los religiosos en sus monasterios; erigió los arzobispados de Goa en las Indias, de Cambray, de Malinas y de Utrech en los Países bajos con diversos obispados para que sirvieran de sufragáneos de los arzobispados. Sus sobrinos abusaron algun tiempo de su autoridad; pero advertido de esto por una espresion del cardenal Pacheco, y escitado por un piadoso Teatino, en un numeroso consistorio lloró y detestó la desarreglada conducta

de sus parientes y dió un decreto por el que los desterraba de Roma y les aplicaba otros castigos, sin dar oídos á las súplicas de algunos cardenales que querian disculpar á los reos. "No se puede negar, dice Berault, que este pontífice tenía mucha nobleza de alma, una delicadeza de probidad, poco comun en los grandes puestos, un zelo extraordinario por la conservación de la fe católica en toda su pureza, y en fin, es notorio que su vida fué tan arreglada en el trono, como en la congregacion (de los teatinos) de que fue confundador."

Paulo IV. animado de un espíritu de dulzura y benignidad, anuló algunas providencias demasiado severas de su antecesor, trabajó seriamente en la reforma de su curia, formó muchas constituciones para la reforma de la penitenciaría, de la cancelaría, de la cámara apostólica y de los demas tribunales; continuó el santo concilio de Trento y tubo la gloria de confirmarlo; este ilustre pontífice, dirigido por su santo sobrino el cardenal Carlos Borromeo, gobernó la Iglesia con acierto y prudencia. (1)

(1) *El abate Ducreux no hace mucho honor á este ilustre pontífice, ó por lo menos pretende disminuir su mérito; pero es preciso advertir que este historiador cuando habla de los papas escage-
ra demasiado sus defectos. El que lea con detenimiento é imparcialidad la historia eclesiástica de Ducreux, y vea en otros historiadores los mis-*

De San Pio V. bástanos decir que la Iglesia lo ha colocado en los altares; que la caridad, humildad, amor del órden, y en fin, todas las virtudes estaban reunidas en este santo pontífice, y que si las máximas de su tiempo le impulsaron á obrar algunas veces con dureza, sus eminentes virtudes dan testimonio de la rectitud de sus intenciones.

Gregorio XIII. fue sabio, caritativo, celoso por la estincion de la heregia y propagacion de la fe, hizo muchas cosas útiles á la religion y á las letras, y reformó el calendario, lo que le ha cubierto de gloria, y hecho que su pontificado sea época memorable en los siglos.

Sixto V. de costumbres puras, amante de la justicia, enemigo de los criminales á quienes castigaba con la mayor severidad, promovedor y protector de las ciencias y nobles artes y magnífico en todas sus obras, fué uno de aquellos géneos extraordinarios, que aparecen de tiempo en tiempo para admiracion del universo.

Urbano VII. Gregorio V. é Inocencio IX. apenas fueron pontífices para descender luego al sepulcro revestidos de esta sublime dignidad, Clemente VIII. trabajó mucho para reformar el clero, hizo una constitucion contra los due-
Tom. IX. G

mos hechos que refiere Ducreux, advertirá que este estaba animado de un espíritu de desafecto á la silla apostólica, y que por su pasion desfigurará algunas veces la verdad.

los, se aplicó á reconciliar á los príncipes cristianos que estaban en guerra y por sus empeños se concluyó la paz entre Francia y España, y reconcilió con la santa sede á Henrique IV. En el jubileo del año santo en 1600. socorrió con sus limosnas á casi trescientos mil peregrinos. Tubo este pontífice el gozo de ver convertirse á la fe un gran número de turcos y hereges.

En este mismo siglo en que los protestantes gritando reforma tenían pasmado al universo con sus errores y costumbres escandalosas, el sacerdocio católico daba los testimonios mas brillantes de la santidad de su religion, condenando solemnemente en Trento las heregias de los perversos novadores, y haciendo ver con sus acciones que sí habian introducido abusos dignos de reforma en el clero; aun habia muchas virtudes eminentes entre los sacerdotes católicos, que confundian á los hereges escandalosos. S. Ignacio de Loyola, S. Francisco Javier, S. Carlos Borromeo, S. Juan de la Cruz, S. Pedro Alcántara, el B. Simon de Rojas, Santo Toribio de Mogrovejo, S. Luis Beltran, Santo Tomás de Villanueva, muchos venerables obispos, y otros ilustres sacerdotes que asistieron al concilio de Trento hicieron recordar en los últimos siglos, los felices tiempos de los Silvestres, Atanasios, Basilio y Gregorios.

El el siglo XVII. se vió la Europa inundada de errores nacidos del luteranismo y divididos entre sí, dándose por dogmas de fe todas las opiniones de los hereges que intentaban

hacerse célebres por los sistemas religiosos que inventaban; no reconociendo otra fuente de verdad que la santa escritura entendida segun el caprichoso sentido de cada particular. La Iglesia lloraba amargamente el estrávido de innumerables hijos que la habian abandonado, y el Señor la consuela llamando á la verdadera religion innumerables gentes, que yacian en las sombras de la idolatria.

En los países que abrazaron la religion católica en este siglo dieron los sacerdotes pruebas evidentes, de que la santa Iglesia en la misma declinacion de los tiempos conserva aún todo el vigor de la juventud. Los zelosos misioneros no perdonaban trabajos y desvelos por la conversion de los infieles; en países desconocidos, ignorando el idioma, y corriendo regiones inmensas las iluminan con la luz del evangelio. Las religiones de santo Domingo, san Francisco el Carmen y otras, enviaban obreros evangélicos, que abandonaban su país para buscar almas que sacar del infeliz abismo de la idolatria.

El abate Ducreux hablando de los misioneros citados dice: "Los límites en que nos es preciso contenernos, no nos permiten referir por menor sus trabajos, que fueron inmensos y que Dios hizo tan fecundos con su gracia; pero no podemos menos de nombrar aqui á algunos, con el sentimiento de no tener libertad para estendernos sobre los justos elogios que les son debidos, y para dar á conocer todos los servicios que han

hecho á la Iglesia; hombres de un valor y zelo dignos de compararse con el de los primeros apóstoles de la religion, á quienes igualaron en la caridad generosa, en la paciencia invencible y en las demas virtudes. Tales fueron al principio de la conquista un Domingo de Mendoza misionero dominico, un Juliano Garcés primer obispo de Tlascala, un Bartolomé de las Casas obispo de Chiapa, famoso por la libertad esforzada con que tomo la defensa de los indios contra la codicia de sus vencedores, en su tratado *de la destruccion de las Indias*, un Vicente de Valverde obispo de Panamá, y despues de Cuzco, que fué á buscar los americanos fugitivos hasta los montes escarpados, y á lo íntimo de los desiertos abrazados á donde el furor de los españoles los habia obligado á esconderse; un Gerónimo de Loaysa, primer obispo de la nueva Cartagena, trasladado á la silla arzobispal de Lima, que hizo admitir el evangelio á un crecido número de idólatras, apesar de los obstáculos y contradicciones que le suscitaron los antiguos cristianos; un Bernardo de Alburquerque, cuyo zelo infatigable, santidad y milagros, llenó de admiracion á la provincia de Oajaca en las márgenes del golfo mejicano, y despues que el dominio de los reyes de España se afirmó solidamente en estas bastas comarcas, un Tomás de la Torre primer obispo de la Asuncion capital del Paraguay y despues trasladado al obispado de San Miguel de la rica provincia del Tucuman, que no trabajó con menos fruto en reformar las costumbres de

los españoles segun las maximas del evangelio, que en convertir á los idólatras. Un Francisco de la Cruz obispo de santa Marta, que halló medio de facilitar las misiones en unos lugares que parecian inaccesibles; un Cristobal Torres arzobispo de Santa Fe... que se señaló haciendo reglamentos llenos de prudencia y fundaciones que han hecho amable su nombre á sus diocesanos. Si quiesemos hablar de todos los piadosos obispos que sacrificaron su quietud y su vida por la gloria de la religion en estos climas remotos, seria menester copiar la lista de los que ocuparon en el siglo XVI. y parte del XVII. las varias sillas que se habian erigido en ellas."

Al mismo tiempo que muchos sacerdotes en las Américas trabajaban con un zelo verdaderamente apostólico en la conversion de los infieles y en aliviarles los trabajos que padecian perseguidos de los conquistadores, otros sacerdotes en el Japon daban glorioso testimonio de la religion católica, sellando sus verdades con su sangre. Los Holandeses protestantes escitan al príncipe del pais contra los católicos, especialmente contra los sacerdotes, y estos con innumerables cristianos padecen el martirio. La perfidia de los discipulos del perverso Lutero y demas hereges del siglo pasado, no satisfecha con los males que habia causado en su pais, pasa los mares y tiene en el Japon el bárbaro placer de ver derramar la sangre cristiana.

En Siria, en Grecia, en Armenia y en Persia tambien trabajaban con feliz éxito los sacer-

dotes misioneros convirtiendo á la fé católica á muchos de los cismáticos, que habitan en aquellos países, y hasta los nestorianos de la Caldea abandonan sus errores inveterados y entran al gremio de la Iglesia católica. Asi los sacerdotes zelosos de la gloria de Dios recorren las naciones mas remotas publicando el evangelio, que los protestantes combatian en su pais. En la Europa vuelta por las novedades de los hereges, daban tambien los sacerdotes católicos admirables ejemplos de virtud, y los romanos pontífices que gobernaron la Iglesia en este siglo manifestaron un gran zelo por la propagacion y conservacion de la religion, y por la reforma de las costumbres y abusos que habian estendiose en los siglos de la ignorancia.

Leon XI. en su efimero reinado, prometia tan grandes esperanzas, que murió llorado de todos los amantes de la religion. Paulo V. protector de las bellas artes les dió un grande impulso con sus favores; envió misioneros al Japon y á las Indias, y aunque tubo sus diferencias con la república de Venecia; pero estas mediando Henrique IV. de Francia acabaron restableciéndose la buena inteligencia entre el papa y el senado. Gregorio XV fué muy liberal con los pobres, estableció una congregacion para que entendieran en los negocios, que ocurrieran de las misiones que habia entre los infieles, espidió una bula para el mejor arreglo de la libre eleccion de los pontífices, aumentó la biblioteca del Vaticano y murió con la mejor nota, despues de haber go-

bernado la Iglesia dos años y cinco meses. Urbano VIII. obligó por una constitucion á la residencia á los cardenales obispos, estableció collegios para el bien de la religion y propagacion de la fe, protegió á las ciencias y gobernó con prudencia la Iglesia católica.

Inocencio X. dice el abate Ducreux, „tubo muchas de las grandes prendas que pueden hacer á un hombre digno de mandar á los demas, y casi todas las virtudes que deben resplandecer en la cabeza de la Iglesia. Tenia talento, prudencia y discernimiento: teson en las ocasiones en que le parecia necesario; pero sabia ceder en los casos en que la demasiada rigidez hubiera hecho malograr los negocios.... Su piedad que lo habia hecho recomendable en todos los tiempos de su vida resplandeció particularmente á la hora de su muerte. Desde el punto en que se le dió á entender que su fin estaba cercano, no quiso oír hablar mas que de Dios. Miró el último instante con aquella quietud que es el fruto de la buena conciencia y del testimonio que se dá ella así misma. Alejandro VII. fué sabio, caritativo y zeloso por la religion, socorrió con dinero á los venecianos para resistir á los turcos, alivió á los romanos afligidos por el hambre, la peste y las inundaciones; y no desentendiéndose de su principal obligacion, confirmó la bula de su predecesor Inocencio, contra las proposiciones de Jansenio, y fué el autor del formulario. Clemente IX. uno de los mas grandes pontífices de este siglo, descargó á sus pueblos de los tributos;

se hizo amar de los príncipes, por sus bellas cualidades y caracter pacificador; inspiró á Luis XIV. sentimientos de dulzura, y persuadió á que empleara sus glorias en ser el pacificador de la Europa y no el terror de ella: dió á Portugal los obispos que necesitaba: hizo la celebre reconciliacion conocida con el nombre de la paz de Clemente, socorrió á los cristianos para defender á Candia de los turcos, y murió de la pesadumbre que le causó la pérdida de esta ciudad. Clemente X. fué dulce y pacífico, y conduciéndose con prudencia respecto de Francia y España, dos potencias rivales, ninguna de las dos tubo que quejarse de su conducta. Inocencio XI. trabajó por reprimir los abusos, especialmente en Roma, fue desinteresado, amante del bien público, y tan piadoso que cuando murió el pueblo que lo miraba como santo, se disputó sus reliquias: este pontífice tubo mucho que padecer con Luis XIV. quien envanecido de sus glorias, queria dar la ley al mundo y no sufría que se le contradijera. Alejandro VIII. socorrió al emperador Leopoldo y á los venecianos contra los turcos, y dió una bula contra las proposiciones del clero de Francia, causa porque los franceses no le hayan estimado. Inocencio XII. trabajó por reprimir los abusos, fué un verdadero padre de los fieles, y abolió el nepotismo, no reconociendo otros parientes que á los necesitados, á quienes socorria en todas sus necesidades; en fin, sus virtudes fueron tan sobresalientes, que aún los protestantes enemigos declara-

dos de los romanos pontífices, se han visto precisados á elogiarlo.

No solo en la silla de S. Pedro se veian brillar las virtudes eminentes; pues dice un historiador, hablando de este siglo, que „el espíritu de zelo y de restauracion hacia de dia en dia nuevos progresos entre las personas de uno y otro sexo, y parecia que habian llegado los tiempos en que derramándose el Espíritu Santo sobre toda carne, segun los divinos oráculos, debia hacer profetizar indistintamente á los hijos y á las hijas de Israel. Los sacerdotes con sus luces combatian al error hasta sus últimos atrincheramientos, con sus virtudes edificaban á los pueblos, y condenaban la escandalosa conducta de los protestantes, y animados de un zelo ardiente corrian por todo el universo predicando el evangelio y siendo muchos víctimas consagradas á la verdad de la religion. S. Francisco de Sales con su virtud, su prudencia y dulzura hizo admirables conversiones y atrajo sobre si las miradas de todos los hombres de este siglo. S. Vicente de Paul, S. José de Calasans, el cardenal Bérula, el venerable Seixas arzobispo de Méjico: en fin, son tantos los sacerdotes que en este siglo resplandecieron como lucidas antorchas en la casa del Señor, que enjugaron las lágrimas de la Iglesia afligida ya por los errores de los protestantes, ya tambien por el detestable monstruo de la *falsa filosofia moderna*, que comenzó á sacar la cabeza por estos tiempos, y á amenazar al universo con todos los males que despues ha causa-

do y aún en nuestros días y en nuestro país está causando.

El siglo XVIII. ha sido uno de los más borrascosos, y que han afligido más á la Iglesia de Dios. Los errores de los protestantes, los de Bayo, de los Jansenistas, de Quesnel &c. habían hecho grandes estragos en el pueblo cristiano: los protestantes con su espíritu privado, y los jansenistas eludiendo la autoridad de la Iglesia con sus sutilezas y derramando tinieblas sobre las decisiones más claras y terminantes introdujeron en la Europa un espíritu de disputa por el que se dudaban, aún las verdades más evidentes. En este lamentable estado, algunos genios más atrevidos, que los mismos hereges negaron abiertamente todas las verdades de la religión. Pedro de Bayle, Hume, Hobbes, Boulanger, Bolingbroke, Voltaire, Rousau, y otros levantando el estandarte de la impiedad convocaron á los pueblos para que les siguieran abandonando toda creencia. Francia era el foco de la irreligión de donde se extendía á los pueblos más distantes, y á proporción que entraba el siglo la incredulidad se aumentaba y preparaba la espantosa revolución que al fin estalló destruyendo la religión y el estado.

El clero trabajaba con constancia defendiendo la religión y se hacía admirar, aún de sus enemigos, por sus virtudes y ciencia. Bourdaloue, Massillon, Bossuet, Fenelon, Bergier y otros muchos eclesiásticos hacían frente al vicio y á la incredulidad ya con sus sermones, ó

con sus escritos, sin omitir trabajos y desvelos por el bien de la Iglesia. Los príncipes pretendían extender sus facultades fuera de sus límites justos, y el clero con prudencia respetando los sagrados derechos de la autoridad civil cuidaban de conservar los que Jesucristo concedió á la santa Iglesia. Los romanos pontífices viendo en algunas partes, que la autoridad civil hería la disciplina, ocurrían á medidas conciliatorias, de donde resultaban concordatos, ó la mediación de una potencia para otra como la del emperador y el duque de Neoburgo con el rey de Prusia, ó á otros arbitrios justos, sin omitir aún el ir en persona á suplicar como lo hizo el señor Pío VI. con José II. emperador de Alemania.

Así se procuraban remediar los males, mas Francia, que era el domicilio de todas las sectas, y en donde había aún muchos discípulos de Epicuro y Lucrecio, llegando al colmo de la impiedad por la circulación de los perversos escritos especialmente de los apóstoles de la incredulidad Voltaire y Rousseau, descargó la horrible tempestad que tantos años se había estado preparando. Luego que esta comenzó el clero dió las pruebas más brillantes de su desinterés y virtud, y sufriendo el despojo violento de sus bienes, padeció la más horrorosa persecución, pues los filósofos modernos, tomando en sus impuras manos el incensario, se hicieron los señores de aquella iglesia que había sido en otros tiempos tan brillan-

te, y desterraron ò quitaron ferozmente la vida á los obispos, curas y demas eclesiásticos, que con fortaleza sacerdotal clamaban contra el error y se esponian á perderlo antes que la religion.

Si hubo algunos eclesiásticos, que olvidados de la santidad de su ministerio le profanaron, prestándose á las determinaciones de los incrédulos, fueron muy pocos en comparacion de los fieles á sus sagrados deberes. ¡O si pudiéramos referir la historia del venerable clero frances! ella nos recuerda la fortaleza de los antiguos mártires, que por el santo testamento del Señor y sus leyes sagradas murieron gloriosamente á manos de la tirania de los cesares gentiles.

Los sumos pontífices, que gobernaron la Iglesia, fueron todos de eminentes virtudes. Clemente XI. quien segun dice un historiador vivió en el trono pontificio mas bien como anacoreta que como príncipe ó como papa, animado del zelo mas ardiente por la religion y del amor al prójimo, fue en extremo humilde, y por esto resistió con tanto esfuerzo su elevacion al pontificado. Su piedad, sabiduria, desinterés personal, amor de los pobres, genio benéfico y fina politica le hicieron amable á todo el orbe católico, y su muerte despues de un largo pontificado cubrió de luto á la Europa, siendo universalmente llorado de los fieles. Inocencio XIII. oprimido de graves enfermedades, no pudo hacer todo lo que su zelo y piedad le inspiraban; pero sin embargo, en su corto

pontificado hizo ver que sus virtudes le hacian digno del puesto que ocupaba. Benedicto XIII. rigido observante de la regla de Santo Domingo que habia profesado, fue enemigo de gastos superfluos, muy caritativo, visitaba á los pobres en los hospitales, les consolaba, administraba los sacramentos, y distribuia cuantiosas limosnas; cuidó mucho de la reforma de las costumbres, fue muy aplicado á los negocios anecosos á su alta dignidad y murió dejando una memoria de bendicion.

Clemente XII. pacífico y virtuoso se condujo con politica con los príncipes, celebró un concordato con Felipe V. de España y abrumado del peso de los años y de los trabajos de su gobierno murió con opinion de santo. A este pontífice sucedió el celebre Lambertini uno de los mas grandes pontífices que han ocupado la silla apóstolica: cada año de su pontificado le hizo notable por alguna bula, ó para reprimir los abusos ó para introducir usos utiles á los fieles. La moderacion, la equidad, y la paz del espíritu eran el alma de su gobierno. Fundó academias en Roma, honró á los sabios, á quienes varias veces escribió: espidió breves contra los perversos escritos del error y la impiedad, y se condujo con los príncipes con una politica tan fina como cristiana: con su muerte cubrió de luto á la república cristiana y fué sentido hasta de los protestantes enemigos acérrimos de los sumos pontífices. En Londres un protestante hijo del ministro Walpole honró su

memoria con la siguiente inscripcion. = *A Prospero Lambertini obispo de Roma, que siendo principe absoluto, reynó como un Dux de Venecia, dando un nuevo lustre á la tiara, adquirida por solas sus virtudes. Amado de los católicos, estimado de los protestantes; humilde, desinteresado, monarca sin privado, papa sin nepotismo, y á pesar de su ingenio y de su ciencia, doctor sin orgullo, y censor sin severidad. = El hijo de un ministro inglés, que nunca ha hecho la corte á nadie, y que jamás respetó á algun sacerdote de la Iglesia romana, ofrece en un pais protestante y libre este incienso merecido al mejor de los pontifices romanos. =*

Un poeta frances hizo el elogio de Benedicto XIV. con el siguiente rasgo.

Lambertinus hic est Romae, decus et Pater orbis,

Qui mundum scriptis docuit, virtutibus ornat.

Clemente XIII. zeloso del bien de la Iglesia, compasivo y liberal con los pobres, deseaba ardientemente la paz y cortar algunas diferencias que habia entre la santa sede y algunos principes católicos, y para conseguirla imploró la poderosa mediacion de la emperatriz reyna de Ungria, mas no pudo ver logrados sus deseos, porque estando de rodillas delante de un crucifijo le acometió un insulto de aplopegia del que murió, antes de realizar todos los medios que preparaba para conseguir la paz.

A este pontifice sucedió otro no menos

ilustre que el gran Lambertini. El cardenal Ganganelli religioso franciscano ocupó la silla de S. Pedro tomando el nombre de Clemente XIV. Desde el principio de su pontificado se propuso gobernar la Iglesia sin perder de vista los particulares intereses de su eterna salud como el mismo se esplicó concluyendo el discurso latino que hizo al sacro colegio: *Sic juvante Deo, gubernabimus ecclesiam militatem, ut non amittamus triumphantem.*

Era este pontifice sabio, justo, valeroso, ilustrado, dulce y amante de los sabios: infatigable en el trabajo, velaba una parte de la noche ocupándose, ó de los negocios de la Iglesia, ó de los de sus estados. *La regla, decia algunas veces, es la brujula de los religiosos, mas la necesidad de los pueblos es reloj de los soberanos, en cualquiera hora, que ellos tengan necesidad de nosotros, es preciso estar con ellos.*

Cuando subió Clemente á la silla de S. Pedro encontró muchas potencias desavenidas con la santa sede, Portugal, Francia, España, Venecia y Polonia manifestaban su descontento con pruebas bastante positivas, y un espíritu de inovacion estendido por todas partes se preparaba para dar una herida mortal á la disciplina de la Iglesia, con desprecio de la autoridad que Jesucristo le habia concedido para arreglarla. Clemente XIV. para conciliarse el afecto de los principes luego que se vió papa, entabló con ellos negociaciones pacificas, y sin manifestar bajeza ó cobardia, les concedió todo lo que